

EL VIEJO

—Señor, hay un viejo en el vestíbulo. Quiere hablar con....

El general Cruz, un hombre de rostro rojizo con las proporciones de un rinoceronte, interrumpió a su asistente larguirucho a media frase. A Cruz no le gustaban las interrupciones. Había muchas cosas que no le gustaban: los comités, los estúpidos, la ambigüedad o lo desconocido. La fe de Cruz en Dios y sus victorias en el campo de batalla le imbuían del sentimiento de seguridad en sí mismo y la claridad que le convertían en un líder natural. Sabía que Dios estaba de su lado, que su carrera tenía inspiración divina. Estaba convencido de que las ideas que acudían a su mente porque sí eran mensajes de Dios. Esas cualidades, además de su genio táctico, convirtieron a Cruz en Secretario de Guerra, una posición que había evolucionado hasta incluir el control efectivo sobre todos los ejércitos de la OTAN.

Cruz usaba sus ojos de la misma forma en que utilizaba todo lo demás: como armas. El teniente Ben Waters se sintió como si le estuvieran apuntando. No era la primera vez que Waters veía esa mirada. Esa mirada, de un hombre que se ganaba la vida matando gente, reduciría a la mayoría a balbuceos. Waters la consideró información, nada más.

Cruz había elegido a Waters personalmente de entre un millar de candidatos, no por los resultados de sus exámenes ni su expediente de combate, ambos mediocres. Y, desde luego, tampoco por la personalidad de Waters, que podría describirse caritativamente como reservada. Había algo más: A los ocho años, Ben Waters había utilizado la escopeta familiar para

matar a sus padres. Era una ciudad pequeña, y los vecinos convinieron que Ben había salvado a su hermano menor de un sino inimaginable. No se presentaron cargos. Desde entonces, la parte del cerebro de Ben Waters que hace que una persona se sienta viva era una catástrofe molecular. Nunca sufrió vergüenza, agravio, miedo, humillación o fracaso. Pero tampoco podía sentir alegría. Waters taponó el hueco de su alma con emociones militares: lealtad, deber y vocación.

Cruz eligió a Waters como su ayudante porque el poder es la comadrona de la tentación, y el poder del general era inigualable, al menos en los territorios no musulmanes. Igual que sus tentaciones. Nunca había cruzado la línea que separa el deber del interés propio, al menos no de forma grotesca, pero el impulso de hacerlo era como una leve fiebre. Cruz había ordenado a Waters que llevara un arma oculta encima en todo momento. Oficialmente, para proteger a Cruz de un posible asesinato. Extraoficialmente, era el método de Cruz para proteger de Cruz al mundo.

Waters comprendió el significado tras la mirada impávida de Cruz: Un general al borde de la guerra no necesitaba invitado sorpresa. Era obvio para los dos que el viejo de abajo debía ser expulsado inmediatamente. Pero hoy no era un día en que lo obvio contara para mucho.

—Puede que si hablara usted con él un minuto... Es viejo y...

—Dígales a los de seguridad que muevan el culo hasta aquí.

—Ése es el problema — explicó Waters—. Los guardias se han ido. Se han largado.

—¿Qué quiere decir, “se han ido”? —Dijo Cruz, mientras su rostro cuadrado enrojecía y sus ojos se volvían de un negro espacial.

La mayoría de gente se hubiera amilanado, pero Waters no tenía miedo. Ni de Cruz, ni de nadie o nada. Todo lo que tenía era la seguridad de qué debía hacer a continuación, lo que, en ese caso, significaba dar una explicación.

—El viejo empezó a hablar con los guardias y, cinco minutos después, ellos se fueron. Sin decir por qué.

—Diles a los marines que bajen del tejado. Si ese viejo imbécil no se larga, que le disparen.

—Sí, señor. —Dijo Waters, en un tono que daba a entender que sabía que ése no era un plan factible.

Waters salió pausadamente de la sala, arrastrando su pasado como una bolsa llena de tierra de cementerio, mientras Cruz seguía organizando su mapa de guerra sobre una enorme mesa ovalada.

—Todo el mundo es imbécil. —Murmuró Cruz mientras usaba una regla para arrastrar una plataforma de batalla desde el Océano Índico.

Los cartógrafos eran un colectivo frustrado. El antiguo concepto de “país” ya no tenía sentido. Al-Zee dominaba todo el mundo islámico. Los gobiernos existían bajo su mandato, en cierto modo, para mantener el agua corriente, la recogida de basura y para gestionar los centros de adoctrinamiento para niños, pero al-Zee era el verdadero poder. En la parte cristiana del mundo, aún existía la pretensión de que los gobiernos civiles gobernaban sus países respectivos. En realidad, Cruz tenía poder para re-dibujar fronteras y destituir líderes con una sola palabra. No necesitaba el poder militar para salirse con la suya, aunque podía disponer de él si le convenía. Todos pensaban que Cruz era la única persona capaz de detener el terror de al-Zee. Nadie opinaba que distraerle fuera una buena idea.

Los ateos y las religiones minoritarias intentaban pasar desapercibidos, apoyando la base de poder cristiano y disfrutando de la seguridad numérica. Los partidarios cristianos más entusiastas eran los judíos que habían huido de Israel después de que las fuerzas de al-Zee lo invadieran en el año 2035.

Las plataformas de guerra eran un añadido reciente al arsenal de Cruz. Eran del tamaño de ciudades, flotando sobre el océano, mucho más poderosas que los portaaviones a los que habían sustituido. Las plataformas podían montarse en cuestión de días, rodearse de destructores y monitorizarse a través de una bóveda de satélites. Nada podía penetrar su perímetro gracias al avance revolucionario de la OTAN con rayos de partículas forzadas que podían rebanar cualquier pieza de metal entrante como si fuera mantequilla. El resto del mundo, territorios de al-Zee en su mayor parte y unos pocos países neutrales, usaba misiles convencionales que no estaban ni de lejos a la altura de la red de defensa de rayos de partículas.

Cruz trasladó una de sus cuatro plataformas de batalla del Océano Índico hasta la Costa Este de los Estados Unidos. Aquel

gesto significaba un recurso menos en el campo de batalla principal, pero podía hacer que los políticos civiles pusieran buena cara a sus planes si se sabían protegidos de posibles ataques. Y una vez se acostumbraran a la protección, Cruz tendría algo que quitarles en caso de que olvidaran quién estaba al mando.

Ésa era una guerra distinta a cualquiera en la que Cruz hubiera luchado antes. No podía esperar cortarle la cabeza a la serpiente para matar el cuerpo, como decían los medios de comunicación. El secreto del éxito de al-Zee era que había militarizado a una población de dos mil millones de personas, menores de treinta años en su mayoría, convenciéndoles de que la muerte era mejor que la vida, mientras murieran sirviendo a la interpretación de al-Zee de la vida eterna.

Había una palabra que Cruz evitaba usar, pero que siempre tenía en mente. Ésta no sería una guerra por territorio o poder. Sería una guerra de exterminio. Probablemente, dos mil millones de almas perecerían antes de que todo terminara. Cruz rezaba por que los dos mil millones fueran del otro bando. Sabía que si se entregaba a Dios, Dios le guiaría hasta la victoria.

Las grandes puertas de la sala de guerra de Cruz se abrieron ante una multitud de consejeros militares: almirantes y generales. Eran veinticinco, uno por cada uno de los países dominantes en la OTAN. No tenían ningún poder de decisión, por supuesto, Cruz tenía ese privilegio. Pero eran muy útiles para mantener la ilusión de que la OTAN gozaba de una suerte de inyección democrática. Era una ficción débil, de esas que una población en guerra acepta alegremente. Los Jefes del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos se habían convertido en consejeros emperifollados, simbólicos e inútiles. Los generales de la OTAN eran más leales a Cruz que a sus propios gobiernos civiles. En tiempos de peligro extremo, un hombre extremo como Cruz no necesitaba arrebatar el poder. El poder le era servido en bandeja.

Los almirantes y generales eran un concierto de cuero y algodón bien planchado. Sus medallas y zapatos repiqueteaban mientras tomaban asiento alrededor de la mesa oval donde se encontraba el mapa. El almirante Helms, un hombre alto,

demacrado y esquelético, lucía una expresión inusualmente agitada. Los otros le miraron, esperando a que dijera algo.

—Hay un viejo en el vestíbulo —dijo el almirante Helms—. Quiere hablar con usted.

Cruz hizo una pausa, tratando de contener su ira. Tomó aliento lentamente mientras escudriñaba los rostros, ahora preocupados, del grupo. Cuando sus ojos encontraron a los de Helms, explotó.

—¿Por qué demonios cree que me importa ese imbécil del vestíbulo? ¡¿Se ha vuelto loco?!—

Cruz dio rienda suelta a su arranque durante un minuto entero, escupiendo toda la rabia y la frustración de la pasada semana, y centrándola en el apocado Almirante Helms. Cruz llevaba carrerilla, sus palabras fueron como un chaparrón de napalm, hasta que las grandes puertas de madera se abrieron de nuevo. Era el capitán de la guardia Marine.

—Disculpe, señor. Siento interrumpir.

Cruz se volvió hacia el capitán, blandiendo su mirada de “más vale que esto sea bueno” más intensa.

—Hay un viejo en el vestíbulo. Dice que quiere verle.

Cruz miró fijamente al capitán durante un instante, y luego giró sobre sus talones para enfrentarse a Helms.

—Más vale que alguien me diga lo que ése imbécil del vestíbulo tiene de especial. Y más vale que sea ya mismo.

Helms lo intentó.

—Cuando lo he visto, he pensado que era un indigente. No lleva abrigo, sólo una manta de cuadros que parece bastante vieja. Pero tiene algo raro. Le dije hola y, cuando me quise dar cuenta, me estaba describiendo todo nuestro plan de batalla, como si hubiera estado con nosotros en todas las reuniones.

—¡Y qué! —berreó Cruz—. Los medios de comunicación llevan seis meses propagándolo a los cuatro vientos. ¡Cualquier idiota puede estar al corriente de nuestros planes!

—No, quiero decir que conoce los detalles. Describió exactamente nuestro despliegue de tropas, nuestra secuencia de ataque, la posición exacta en que planeamos situar nuestras plataformas de batalla.

—Excepto una de las plataformas. —intervino el general Franken.

—Sí —convino Helms—. Dijo que una de las plataformas de batalla sería destinada a Washington, D.C. En eso se equivocó, pero sabía mucho acerca del resto, y me pareció que...

La frase de Helms fue interrumpida por el estrépito que produjo la mesa ovalada, volcada por un general Cruz enfurecido.

— ¡Que no salga del vestíbulo!—ladró Cruz al capitán de los Marines, para luego seguirle hasta el ascensor. Al pasar junto al teniente Waters en la oficina exterior, Cruz le agarró del brazo, arrastrándole los primeros metros.

En el ascensor, Cruz le arrebató el M-16 al capitán y desactivó el seguro. El capitán desenfundó su pistola. Waters observaba, sin saber a dónde se dirigían ni por qué. No estaba preocupado. No sabía cómo preocuparse.

—Cabroncete. Algo trama. —Murmuraba Cruz, observando cómo los indicadores de planta se iluminaban en sentido inverso a medida que se acercaban al vestíbulo—. Más le vale que sea uno de los nuestros. De lo contrario, le espera un día muy largo.

Cruz fue el primero en salir del ascensor, dispersando a un grupo sorprendido de empleados gubernamentales. Janet Redmond tropezó al intentar apartarse. Un analista de inteligencia la sujetó antes de que cayera al suelo. Un grito sofocado fue todo lo que pudo expresar antes de que el miedo lo ahogara. El general en tiempos de guerra más poderoso de la historia tenía prisa y estaba enfurecido. Nada bueno podía salir de eso. Cruz no miró hacia Janet Redmond. Irrumpió en el vestíbulo con el M-16 apuntando al techo, en busca del hombre de la manta.

—Se ha ido. —Dijo el capitán.

—Vaya a por mi coche. Voy a evacuar inmediatamente. Que los jefes de la OTAN se queden en la sala de la guerra. No disparen la alarma general. Estaré en el garaje en dos minutos.

—¿Señor? — Preguntó el capitán.

Cruz rellenó los huecos de información mientras seguía escudriñando el vestíbulo.

—Alguien de mi equipo, alguien de esa habitación, está filtrando planes militares. Habrá que poner distancia de por

medio entre ese viejo y yo, porque esto huele mal. Una vez el mando y el control estén seguros, me encargaré de la filtración y del viejo. Vaya por el coche.

El capitán salió corriendo. Waters, que sólo había comprendido una parte de la historia, dijo:

—Voy a buscar el portátil.

El portátil era el nombre que habían puesto a un mando a distancia que seguía a Cruz a dondequiera que fuese. Era inmune a interferencias y casi indestructible. Cuando el usuario introducía un código de acceso y un emplazamiento por GPS, y especificaba una carga explosiva, un misil llegaría al lugar poco después, lanzado desde una base en Dakota del Sur que menos de una docena de personas en el mundo conocía.

Waters y Cruz se metieron a empujones en la limusina blindada. El conductor pisoteó el pedal del gas, haciendo chillar al suelo de cemento mientras la puerta se cerraba de golpe por la aceleración. Los recién llegados se sintieron empujados contra el asiento trasero.

El conductor, Rick Ames, había sido entrenado durante dieciocho años para momentos como este. Era un experto en fugas y evasión. Hasta ahora, siempre había sido en los recorridos de prácticas. La adrenalina inundó su torrente sanguíneo hasta que pudo oír los latidos de su corazón. La puerta de acero a prueba de bombas en la cima de la rampa se abrió mientras la maciza limusina aceleraba hacia la salida. En la cima de la rampa había un hombre, de facciones borrosas a causa del potente haz de luz solar que le envolvía y se vertía en el garaje, por la rampa, en tres pares de ojos. Ames redujo la velocidad por un instante, tratando de asimilar la situación, calcular el peligro, reprogramar su estrategia de huida si era necesario.

—¡Adelante! —Ordenó Cruz.

Ésa era toda la información que Ames necesitaba. Pisoteó el pedal del acelerador y cerró la distancia entre cuatro toneladas de masa sólida y la figura menuda que tenía delante. En los segundos que siguieron, las mentes de Cruz, Waters y Ames fueron inundadas con imágenes de luz, color y sonido mezcladas con la química de sus propios cerebros. Ninguno de ellos percibió la misma cosa. Cruz vio cómo el hombre echaba la cabeza hacia atrás y levantaba los brazos. Y cuando el coche

estuvo lo suficientemente cerca, el hombre cayó hacia atrás y desapareció bajo el capó, aplastado, supuso. Hubo un ruido sordo muy claro, pero Cruz se preguntó si no sería sólo el sonido de los neumáticos rebotando contra el asfalto después de salir disparados de la cima de la rampa.

Waters se dio cuenta de que el viejo llevaba una especie de camisa de repartidor, raída, con una placa con su nombre sobre el pecho. Detrás de él, había una manta de cuadros roja tendida en el suelo, como dispuesta para celebrar un picnic. Era el hombre del vestíbulo. El recuerdo que Waters conservaba de la conversación que habían tenido en el vestíbulo se mezcló con la imagen que tenía delante, hasta que la memoria y la percepción perdieron los límites.

Ames se fijó en los ojos del hombre, sin ver prácticamente nada más. Eran ojos antiguos. Sintió como si pudiera meter el coche en esos orbes y aparecer en otra parte del universo. Ames no sentía pena, y se preguntó por qué. ¿Eran los años de entrenamiento o la certeza de lo que tenía que hacer? ¿O había algo en esos ojos que le perdonaba por adelantado? Los ojos no mostraban miedo, ni odio, ni sorpresa. De repente, los párpados se cerraron, bloqueando la ruta de huida de Ames. Sintió una oleada de pánico, como si fuera la primera persona en descubrir el fin del mundo. Gritó y agarró con fuerza el volante para afianzarse ante el impacto y el horror que lo seguiría. Pero no sintió nada. Ni debería haberlo sentido, porque cuatro toneladas de acero blindado no tienen ni para empezar con setenta kilos de hombre. No miró por el retrovisor para asegurarse, prefiriendo no tener esa imagen en su mente durante el resto de su vida.

La limusina blindada giró bruscamente a la derecha al salir del edificio, lanzando a Cruz, Waters y el portátil hacia la puerta izquierda. Ames aceleró en dirección a H2, el cuartel general de emergencia.

Cruz pulsó un botón que accionó una barrera entre el conductor y los pasajeros. Entonces recogió el portátil del suelo de la limusina e introdujo la contraseña, revelando un elaborado panel de control con una pantalla. Cruz miró a Waters, esperando una reacción, y no vio nada salvo su indescifrable inexpresividad habitual. Cruz pulsó las coordenadas del edificio del Departamento de Defensa que acababan de abandonar,

donde los representantes de la OTAN seguían esperando, sin la menor idea acerca de lo que había pasado en los últimos tres minutos. Cruz seleccionó una carga suficiente para arrasar el edificio y poco más, y miró a Waters de nuevo. El teniente había cambiado de postura para tener mejor acceso a su revólver reglamentario, o tal vez fuera sólo para estar más cómodo, o tal vez para ver mejor. Cruz no hubiera podido decirlo. Dejó que Waters viera exactamente lo que estaba haciendo en el portátil.

—¿Por qué? —preguntó Waters.

No era gran cosa como reacción, pero ya era algo. Cruz prefería que se le opusiera resistencia en cualquier cosa que hiciera, para poder disfrutar de la sensación de rechazarla sin miramientos.

—Ahí dentro hay un topo. Es la única forma de que el viejo pudiera haberse enterado de nuestros planes de batalla con tanta exactitud. No tengo tiempo de averiguar quién es y, francamente, tampoco importa. No necesito a ninguno de los que hay allí. Demonios, al mundo le irá mucho mejor si no tengo que detenerme a justificar cada bala ante esos idiotas.

—¿Cómo piensa explicárselo al mundo? —Preguntó Waters con calma, como si estuviera pidiendo una loncha extra de queso en un bocadillo.

—No tendré que explicar nada. El mundo asumirá que ha sido un ataque de uno de los fanáticos de al-Zee.

Cruz tenía razón. Centenares de edificios habían volado por los aires en los últimos dos años. Hacía tiempo que el ejército había dejado de analizar los restos de cada explosión, asumiendo correctamente que todas eran obra de al-Zee. Nadie reclamaría una investigación acerca de ese ataque, porque todo el mundo señalaría a al-Zee como el perpetrador universal.

Cruz sabía que esa explosión extinguiría los últimos retazos de pacifismo del mundo cristiano. Tendría libertad absoluta para llevar adelante la guerra como quisiera. Nada de comités. Nada de cuestionar sus decisiones. Sólo certeza. Ahora mismo la necesitaba, porque sus planes de exterminio no sobrevivirían a un voto consensuado.

—Son soldados —dijo Cruz, tratando de justificarse—. Se alistaron para esto. No les corresponde elegir quién les mata ni por qué.

Cruz se crecía en este tipo de situaciones. Era lo que le diferenciaba de otros líderes. Unos minutos antes había identificado un grave peligro. Ahora estaba a un sólo botón de convertir la situación en una ventaja. Veía la destrucción total como una oportunidad de mejorar.

Waters dejó que su mano derecha cayera en el asiento junto a su arma reglamentaria. Cruz captó el mensaje y respondió con más explicaciones. Ésa era una línea que Cruz jamás había franqueado. Había matado a un número respetable de personas que, según él, merecían morir. Había enviado a sus propias tropas a misiones de las que sabía que no regresarían. Pero aquello era distinto.

—Ésta es una guerra global, teniente. No hay reglas excepto las que uno invente y viva para contar. Si no estamos dispuestos a matar a nuestros propios soldados para lograr una ventaja en la guerra, no estamos al nivel de al-Zee.

—Ninguno de los generales estaba en la sala cuando usted puso la plataforma de batalla cerca de Washington —señaló Waters, que se había dado cuenta del cambio al entrar por primera vez en la habitación para anunciar la presencia del viejo en el vestíbulo.

Cruz le miró, furioso por no haberse dado cuenta él mismo. Waters tenía razón. Nadie podría haber informado al viejo acerca del último cambio. Tal vez el viejo hubiera tentado a la suerte. Pero era obvio que no todo era cuestión de suerte, pues, al parecer, el viejo conocía los planes de batalla con detalle.

—Waters, dígame que el mundo será un lugar mejor si los generales de la OTAN viven. Si lo hace, no pulsaré el botón. Dígame que cree que llevar adelante una guerra con veinticinco gallinas cluecas picoteándome los tobillos, cuestionando cada decisión, agitando a sus compatriotas... dígame que ésa es la mejor forma de ganar esta guerra.

La expresión de Waters enmascaraba lo que pudiera estar pasando en su mente. Sólo escuchaba, sin rechazar, pero tampoco sin consentir.

—¿Cuántas veces he enviado hombres a situaciones de las que sabía que no volverían? Ése es el sino del soldado. Si su muerte hace que la guerra sea más fácil de ganar,

muere. Esto es lo mismo. Al-zee no toma sus decisiones en comité. La única forma de machacarle es si llevo adelante esta guerra tal y como debe hacerse. Que es con un solo líder y sin cuestionamientos.

Cruz hizo una pausa para contemplar el impacto de su argumento.

—¡Dígame que estoy equivocado, maldita sea! ¡Es una orden! —rugió.

—¿Cómo sabe que el topo no soy yo? Yo también conozco sus planes de batalla —dijo Waters.

Cruz miró fijamente a los ojos vacíos de Waters, en busca de un signo de miedo o ira o cualquier posible pista. Como de costumbre, no había nada.

—No puedo saber con seguridad si no es usted el topo —dijo, sin gustarle en absoluto a dónde se dirigía ese pensamiento.

—Sea o no el topo, usted tiene un problema aún mayor. Si mata a los líderes de la OTAN, yo sabré que fue usted quien lo hizo. Eso siempre le pesará. Yo tendré el poder de hundirle. Tendrá que matarme a mí también para asegurarse de que el secreto esté a salvo.

Lo que Waters había dicho tenía sentido. Cruz no dio con una respuesta inmediata, pero no necesitó ninguna, porque se encontró con el arma de Waters contra la sién.

—Déme el portátil —dijo Waters tranquilamente.

Cruz movió los ojos, pero no la cabeza. Aquello sí era un problema. Cruz razonó que la mejor manera de salir de esa situación era obedecer por ahora, y esperar que su instinto le dictara el próximo paso. Waters deslizó el portátil del regazo de Cruz hasta el suyo propio, con la pistola todavía firmemente apoyada en la templa del general. Waters miró el portátil y pulsó el botón de Confirmar, accionando así el misil. En pocos segundos, un silo de Dakota del Sur se abrió silenciosamente y escupió su furiosa carga hacia un edificio lleno de generales y almirantes de la OTAN.

Waters enfundó el arma, cerró el portátil y lo guardó en su funda. Cruz se limitó a observarle, sin estar seguro de lo que acababa de suceder, medítandolo en silencio.

—Ahora ya no tengo nada contra usted —dijo Waters—. Y si yo fuera el topo, usted ya estaría muerto.

Cruz estaba enfurecido, pero apreció el ingenio de la solución de Waters.

—Recuérdeme que le ascienda. Y luego recuérdeme que le dé una patada en el culo.